

IRIS

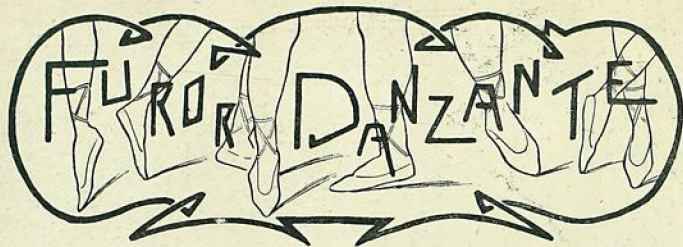


NUM. 140

BARCELONA, 11 ENERO 1902

25 CENTS.

Ayuntamiento de Madrid



Pues señor, por una extraña y ejemplarísima coincidencia, desde que perdimos las colonias, no se hace sino danzar y danzar en la coronada villa del oso.

Claro está que en una villa, que tiene por símbolo emblemático á un animal aficionadísimo al zaran-deo á compás de la pandereta, el baile está como en su propio terreno y en su casa solariega.

No es esto decir que sólo en la corte se danzara antes, ni que no haya danzantes en otras regiones españolas. Pero, lo cierto es que, de pocos años á esta parte, desde las fatales fechas de Cavite y San-

tiago de Cuba, y subsiguientes puntapiés, se ha despertado aquí una pasión por la danza que raya en delirio.

Piensan varios filósofos que, con la repatriación, nos ha venido este culto á Terpsicore, aunque en su forma más familiar y doméstica.

El tango se impone en todos los lugares; las sevillanas reinan en todos los salones; las *peteneras* privan en todas las tertulias.

¡Viva la flamenquería, y el pago en oro en las aduanas!

Lo cierto es que no pasa usted por una calle madrileña sin que no oiga salir por algunos de los balcones de sus casas un «estrépito sonoro» de repiqueteo de castañuelas, de zumbido cascabelero de panderetas, y de rasgueo cadencioso de guitarras.

Y todo ello acompañado de mucho: «¡olé, ahí! ¡Viva tu mare!»

Y aquello de:

*Yo te he dado cuatrocientos
por ver si te bandeabas,
y te he encontrado más firme
que la campana del alba.*

6

*Un céntimo le di á un pobre,
y me bendijo á mi madre.
¡Qué limosna tan pequeña
pu un beneficio tan grande!*

Y demás coplas, tan estúpidas como populares, del moderno repertorio flamenco.

Pero donde la danza está haciendo verdaderos estragos es el lugar, antes tan pacífico y silencioso, de D.^a Estiriaca Balleneta vinda de Marmolillo.

Era el difunto un guardia de orden público que se pasó la vida, inmóvil, como su apellido, en una esquina. Hablarle á él de nada que significara movimiento, hubiera sido como pegarle un tiro. No comprendía porqué los astros están siempre girando tontamente alrededor de sus órbitas... ¡Si levantara la cabeza! ¿Quién había de decirle que su mujer se había entregado con tanto furor á la danza?

Pero, D.^a Estiriaca, como otras tantas viudas, no se acuerda del muerto, y ha puesto escuela de enseñanza libre para algunas muchachas del barrio.

Ella es gorda y pesada como vaca. No importa. Baila y baila como un atún con faldas.

—¡Si me hubieran ustedes visto en mis mocedades!—dice á sus discípulas, en tono de vanagloria.—¡Oh! Fui una gran bailarina. Parecía una sílfide. No es esto decir que ahora pareciera otra cosa. Al con-trario, con los años, y las carnes, he ganado en seguridad y aplomo.



¡Ya lo creo! Cada uno de sus pies pesa un quintal.

Pero, hay que verla como retuerce su cuerpo de ballena en las *sevillanas*, en que se creyera que la ha dado alferceía; ó como yergue su talle de saco de patatas en el *tango* ó en las *peteneras*. Pues, ¿y cuando arquea los brazos, ó los estira hacia arriba, de un lado para otro, y dando puñados al aire, como queriendo coger moscas? Es cosa de llorar de admiración... ó de rabia.

Tampoco le anda á la zaga en frenesi dante el distinguido procurador D. Macario Tembleque; un solterón en «estado de merecer», según él dice, aunque pasa de los cuarenta, y es chato, calvo, bizco y enjuto como un espárrago.

—Mira, Castita, —le dice á su hermana, también solterona, con quien vive. —Es menester que tú también aprendas á bailar sevillanas para el día de mi santo, que, como sabes, es el 2 de enero. Si te da cortedaz, las bailarás conmigo, que las bailo ya admirablemente.

Pero, Castita, que es más fea que su hermano, y además muy devota, se santigua al oír esa proposición fraternal, como si escuchara un mal consejo.

—¿Yo, bailar? ¿Y á mis años? —replica asustada. —¿Quieres, Macario, que me condene? El



bailo es una creación del infierno para perder á las almas. ¿Yo, acercarme á un hombre? ¿Yo levantar el pie del suelo? ¿Yo, volver el cuerpo en medio de un vértigo pecaminoso hasta hacer que se levanten las faldas y se vean las pantorrillas?... ¡Jamás en la vida!

Pero, D. Macario se ríe de los escrúpulos de su hermana, y sigue pagando un maestro para que le de lección diaria, á domicilio, de los bailes más en boga.

Hasta se ha comprado un pantalón ceñido, una chaquetilla corta y un sombrero calañés, para estar más en carácter.

Y como sucede con toda afición nueva, á D. Macario la danza no le deja sosegar, y danza en todas partes y á todas horas.

Baila en la mesa, en la cama, en la calle.

¡Hasta en estrados, cuando se presenta ante el tribunal, hace la reverencia descendiendo con los pies un paso de bolero!

Por lo demás, no encuentra en su casa habitación bastante capaz para dar desarrollo á sus espasmos.

Por lo demás, no encuentra en su casa habitación bastante capaz para dar desarrollo á sus espasmos.

Y como el gánzapiro es tan desgarbado y larguirucho, tiene que inclinar la cabeza al pasar bajo los montantes ú objetos que cuelgan del techo. De esta precaución se olvida en ocasiones, en medio de su loco entusiasmo, y ya ha roto dos lámparas y tiene la frente llena de chichones.

Consuélese, sin embargo, el Sr. D. Macario Tembleque. Peores danzantes que él tenemos en todas las esferas sociales y en todas las carreras de la vida. Y, á la verdad, sólo tales danzantes son hoy los que prosperan y hacen figura.

¡Ojalá que todas estas recogidas danzas no concluyan en danza macabra ó en danza de negros. Que sería la más negra, porque los negros danzan cuando se van á comer á algún prójimo.

JOSÉ DE SILES



¡SIN HOGAR! cuadro de T. Kennington

El arte cumple con uno de sus más nobles fines al ponerse al servicio de los desgraciados para evocar escenas como la que han inspirado á Kennington. Hé ahí el infortunio humano llegado á su más cruel extremo: una desgraciada madre, arrojada de su hogar, que ve morir á su hijo de hambre y de frío en medio de las piedras de un camíno, bajo un cielo inelemente, privados de todo humano auxilio. Y no es eso fingido sentimentalismo; es la verdad desnuda y descarada, sorprendida por el arte en toda su aterradora expresión.

GRAN TEATRO DEL LICEO.—I PIRENEI

El grandioso éxito alcanzado por esta sublime producción en nuestra primera escena lírica estaba ya previsto por cuantos se hallaban en el caso de poder apreciar las eminentísimas dotes de su autor, y dejando para otro número la reseña de la obra, vayan los siguientes apuntes biográficos que del insigne músico español ha escrito nuestro querido amigo el ilustradísimo crítico don Marcos Jesús Bertrán.

«D. Felipe Pedrell nació en Tortosa el 19 de febrero de 1841.

Sin sujetarse á tutela de dómine alguno, estudió música y composición, y no sería lícito ni perezoso cuando ya á los 27 años compuso la partitura de su ópera *L' último Abenzerragjo*, no representado



D. FELIPE PEDRELL.

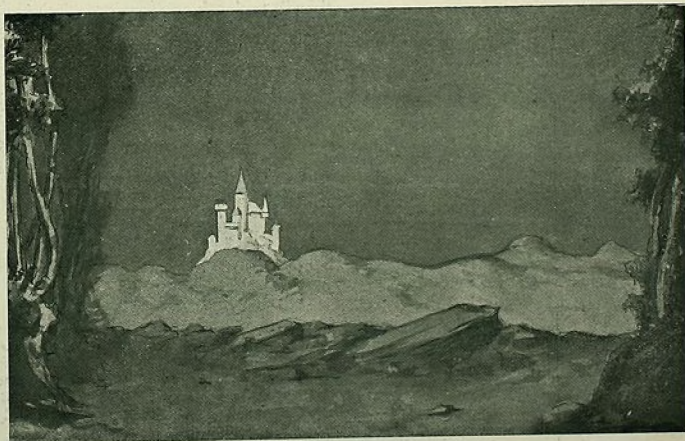
en el Liceo hasta el abril de 1871.

Al año siguiente fué estrenada su ópera en cuatro actos, *Quasimodo*. El poema lírico *Mazzeppa* en el 78. *Il Tasso á Ferrara* (1878) en Barcelona y en Madrid (1881).

Cleopatra, drama lírico en cuatro actos, letra y música del autor, versión francesa de A. Lauziers de Themines, autor del citado poema *Mazzeppa*.

Tiene además el maestro Pedrell innumerables composiciones musicales de sincera inspiración y de irreprochable factura. Recordamos entre muchísimas otras, la antífona *Felice Jerusalem* (1876), la suite

en tres partes *Lo cant de la montanya* (1877), *Cansó llatina*, ejecutada en Montpellier etc.



LOS PIRENEOS.—EL PRÓLOGO

RECETA INFALIBLE



—Decididamente estoy muy malo; lo mejor será visitar a un doctor.



—¡Ahora lo único que falta es que no esté en casa Matasanos!



—¿Y dice usted que el pulso...
—Muy débil. Y poca capacidad respiratoria. El aire..
—Eso, doctor: aire, mucho aire es lo que yo necesito



—¿Qué profesión es la suya?
—Místico. Ven usted la causa de mi mal: llevo 26 años soplando.
—Pues no diga usted más; la receta es sencillísima.



—¿Y usted cree que así podré continuar soplando los años que me restan de vida?
—Con ese tratamiento, no lo dude, le tendrán envidia hasta los fueles de los órganos



¡QUE QUIERES QUE TENGA!

¡Qué quieres que piense,
que quieres que tenga!
No es *nada*... no es *nada*...
Mas dí, con franqueza,
¿por qué me preguntas
con tanta insistencia?
Lo se y ocultarlo
vanamente intentas:
mi aspecto enfermizo
te infunde sospechas...
¿Verdad? Sí, no es raro,
que al ver cual se pliega
mi frente, y mis ojos
sin brillo se quedan,
y al ver que la nieve
cubre mi cabeza
y llevo clavada
la vista en la tierra
y un *pito* me importa
cuanto me rodea,
mis propios amigos
á diario me asedian
con vanas preguntas
y torpes monsergas
y hay quien ve en mi estado
patentes las muestras
de ocultas pasiones,
y quien te aconseja,
lo se, no lo niegues,
¡ay! que no me quieras,
pues soy *hombre al agua*...
¡No saben que hay penas
y afanes terribles
que, al par que desvelan
y el alma destrozan,
al rostro se muestran,
¡acaso lo ignoren!
y acaso no sepan
que llevo en el alma
tu imagen... y que esta
sonríe gozosa
viéndome en la brecha
de gloria anhelante,
sin paz y sin tregua
luchando, luchando
con la suerte adversa
¡ay, para que mía
por completo seas
cuando el premio alcance,
cuando al cabo venza,
cuando al fin consiga
lo que tú desearas:
¡laureles, honores,
posición, riquezas!!

.....

¡Qué quieres que piense,
que quieres que tenga!

SEGUNDO LOZANO



S. Viniograt: SALIDA DE UN BAILE DE MASCARAS

Ayuntamiento de Madrid

EL PADRINO DE BODA

Noche era aquella de mucho jaleo y de murmuraciones sin cuento, para los mozos y las comadres de M. pintoresca villa de la nunca bien alabada Andalucía. Andresico Cerápez, como le llamaron cuando vivía echando remontas al calzado de sus convecinos, ó D. Andrés Jiménez, como le denominaban sus aduladores desde que desempeñó la alcaldía del lugar, echaba la casa por la ventana con motivo de contraer matrimonio su única hija Teresa, garrida moza de veintisiete años. Unos decían que el buen Andresico gastaba en esta fiesta familiar los ahorros de toda su vida, muy laboriosa por cierto; otros sospechaban el empleo en ella de una gruesa cantidad de dinero que, no por arte mágica, pasó de las arcas municipales á los desvencijados arcones del antiguo zapatero.

A pesar de la notoria divergencia entre una y otra opinión, convenían ambas en un punto: en que había de ser memorable aquella fecha por el derroche de músicas, bailes, vinos y confites que, á la postre, eran lo principal para el elemento joven, aunque durante un mes estuviesen des; ués chismorreando, al compás de la rueca ó las agujas, las que hilaban el copo ó hacían calceta.

La casa del ex-alcalde, situada en un extremo del pueblecillo, no tenía capacidad para tantísimas personas, amigas y curiosas, asistentes á la boda. Las muchachas y los mozos vestían las ropas de cristianar, rara colección de indumentaria de varias épocas; tres guitarristas colocados junto á la pared frontera á la puerta de la calle, que era la de la sala-zaguán de la morada de nuestro hombre, rasgueaban con maestría los instrumentos, mientras aquellos, ora bailaban fandango, bolero, seguidillas, y demás aires de la tierra, ora cantaban coreados con palmas y olés, las letras más populares y picantes.

El reloj de la iglesia dió las ocho y al feliz Andresico le cosquilleaban las pulgas en el cuerpo porque su íntimo amigo el tío Curro, que habíase comprometido á apadrinar á los novios, no parecía. El tío Curro, rico labrador del pueblo inmediato á M. tenía que atravesar aquella noche, oscura como boca de lobo, para asistir al casamiento, un sendero vecinal, estrecho y sinuoso que une las dos pequeñas poblaciones. Esto era motivo bastante á que el padrino saliera más temprano de su casa, para que con la luz del día cruzase lo más malo del camino.

Cada minuto transcurrido confundíase más Andresico, y al zozobrar su pensamiento en el revuelto mar de la duda, su corazón latía con fuerza y la zumba de los chavales iba en auge.

¡Corra la bota, muchachos! ¡Vaya un trago á la salud de los padres!... ¡Y de los novios!... *Cuidao*, que derramas el vino!... Señal de alegría!... ¡Eso no mancha!... ¡Olé, chiquilla, venga de ahí!...

Ya se te acabó morena,
el soñar con tu galán

porque en abriendo los ojos
á tu lado lo tendrás.

¡Tu mare!... ¡Otra, otra!... ¡Con menos mío, Juanilla! ¡Límpiese usté la baba, D. Andrés, porque esto es ya el acabóse!... ¿Ha visto usté que gachi con más salero?...

¡Ay, y, y, y!
Si quieres que en paz me muera,

cuando agonizando esté
séntate á mi cabecera.



Pero, h
no cantas?
llo y anim
Toda e
otra, con u
pensando e

—¡Cuid
Un este
seguida to
—¡Viva!
—¡Olé p
—¡Sabe
—¡Dios
—¡Aquí
vendrá fat
Andrés

media ho
—¡Muc
Y la
cabileos
De pro
Y todos s

Cual f
Curro, no
que el pa
tornos, y
de su am
No ob
siguen lla

Pero, hombre, ¿ha comido usted rabos de lagartijas?... ¡Según lo que se mueve! Teresa, ¿tú por qué no cantas?... ¡Temprano te has vuelto *mual*... ¡Vaya una cara de *funera* que pones!... Toma un traguito y animate, que ahora comienzas a vivir...

Toda esta algazara y estos dichos salpimentados atormentaban á Andresico que, de una parte á otra, con un humor de todos los diablos, iba y volvía sin darse cuenta de su continuo movimiento, y pensando de esta manera:

—¡Cuidado con el tío Curro y como tarda!... ¡Anda, las nueve menos cuarto y sin venir! ¡Carape!

Un estallido de bravos, olés y palmas, sacábale de su abstracción momentáneamente, pero en seguida tornaba á hacer conjeturas y más conjeturas.

—¡Viva la alegría!...

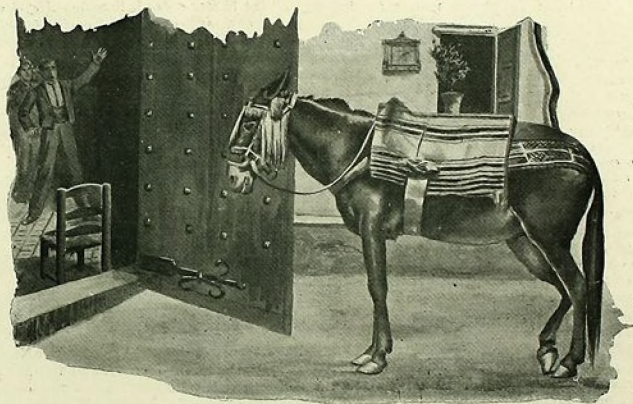
—¡Olé por la sandunga de la Pepa!...

—¡Sabes que me huele esto á *pegao*, Nicolasa!... ¡Las nueve, y el compadre *perdió*!...

—¡Dios sea bendito, señores!

—Aquí está ya el cura... ¡Vamos á la iglesia!... No, todavía no; que descanse D. José un rato que vendrá *fatigao*.

Andresico no podía reprimir su cólera por la tardanza incomprensible del padrino. Dejó pasar



media hora, y una bota de vino más, con objeto de hacer tiempo para que el tío Curro aportase.

—¡Muchachos, siga la juerga! ¡No enfriarse!

Y la juerga fué disminuyendo al mismo tiempo que menudeaban las indirectas punzantes y los cabilleos de los *juerguistas*. Nadie, sin embargo, se atrevía á dar el primero la voz de ¡A la iglesia!

De pronto sonó un fuerte golpe que fué seguido de este grito unánime: ¡El compadre! ¡El es! ¡El es! Y todos se precipitaron hacia la puerta de la calle.

Cual fué la sorpresa, cuando al abrirla hallaron solo, grave y quedo, al borrico que montaba el tío Curro, no se puede describir. La chacota, las burlas, subieron de punto, hasta que más tarde se supo que el padrino había sido víctima del secuestro de unos bandidos que merodeaban por aquellos contornos, y que el borrico, puesto en libertad, vino, como es costumbre decir, á la querencia del amigo de su amo.

No obstante, el hecho se recuerda con grandes risas por las gentes del pueblo que graciosamente siguen llamando al asno «El padrino de la boda.»

A. ESCAMILLA RODRÍGUEZ



Lo que voy á contar es rigurosamente exacto. Ocurrió en Ponce, hace ya tiempo, cuando yo estudiaba mi segundo año de Medicina.

Era verano y fui á pasar las vacaciones al ingenio de los Narvaez, parientes míos, con los que toda la vida me he llevado muy bien.

Había entre la servidumbre un mulato, á quien, por su buen humor, todos le llamaban *Alegrías*. Era un hombre pequeñín, risueño, de ojillos de ratón, muy chusco y muy ocurrente. Tenía, además, muchas habilidades: sabía hacer cometas, se sostenía de pie en un caballo al galope, hacía suertes con la baraja, imitaba á los loros, dibujaba sombras chinasas; en fin, era lo que se llama «un dije».

No tenía igual para entretener á los niños; cuando le daba por reír, toda la casa era un burdel; traía de cabeza á todo el mundo.

Recordo que á mis primitos les entusiasmaba con el baile del *danzón*. Hasta mi tío Narvaez, á pesar de su cara de juez, lo llamaba muchas tardes, después que *Alegrías* limpiaba los caballos tordos y daba lustre al charol de la carretela. Porque se me olvidó decir que era el cochero de la casa.

—Eh, *Alegrías*, cocherito; venga y baile el *danzón*.

Se formaba corro y el mulato giraba, saltaba, pateaba, arqueaba los brazos y doblaba el cuerpo de tal modo que se daba con los talones en la nuca.

Al cabo de un rato, mi tío Narvaez, muerto de risa, se apretaba el vientre y, con las lágrimas saltadas, decía:

—Bueno, bueno ya... ¡Ay, Dios mío, que gracioso es este *Alegrías*! ¡Pero que sombra tiene!

Pues bien; figuraos que este mismo *Alegrías*, tan divertido y gracioso, entra una noche en mi cuarto y, sin decir oste ni moste, se pone de rodillas ante mí.

—¿Qué te pasa, *Alegrías*?

—Sálveme su *mercé*, *amito*.

—¿Qué te salve? ¿De qué te he de salvar?

Y me contó su angustia. Años atrás, su amo, un tal Rotuney, se lo había cambiado á mi tío Narvaez, por otro criado negro. El negocio se hizo entre amigos, buenamente, sin escrituras ni formalidades. Pero el negro que mi tío había cambiado por *Alegrías* se murió, y Rotuney, también pasó á mejor vida. Entonces, Rotuney hijo, enterado de que *Alegrías* estaba en casa de Narvaez, sin permiso legal, pidió que se lo devolviesen.

Y una tarde de julio, bajó de su volanta, acompañado de su mujer y de un notario. Venía muy decidido, porque le habían dicho lo gracioso que era *Alegrías* y lo bien que guiaba los carruajes. Su mujer, una criolla voluntariosa y llena de millones, también quería ver por sus ojos las habilidades del cocherito mulato, y entró en la sala, arrastrando su vestido de *nipis* y arañando la alfombra con su lindo quitasol de encajes.

Entonces mi tío, que estimaba mucho á su cochero, les propuso un arreglo ventajoso.

—Yo les daré á ustedes sesenta pesos oro y me quedo con *Alegrías*.

Rotuney hijo, que era avaro como un judío, casi se iba á conformar. Pero su mujer no se avino á razones. Y, haciéndose aire con su gran abanico de plumas blancas, decía, muy orgullosa, dándose tono de princesa:

—No me hable de pesos ¿sabe? Porque en casa están las onzas así.

Y agrupaba sus dedos cobrizos, cusjados de sortijas.

Alegrías, me encontré en el jardín y me dijo, muerto de miedo:

—He servido aquí diez años. Los he pasado bien; me quieren. Y aquí he de morirme. ¿Por qué he deirme ahora con ese hombre? ¿Soy un perro, para que me lleven y me traigan? No me voy. Sálveme su *mercé*, *amito*. Le bailaré el *danzón* ¿quiere?

Y se puso á bailar medio llorando.

Los Rotuney, no aviniéndose, estaban ya para subir á su volanta, cuando vieron al mulato bailar el *danzón*. Entonces, la mujer, se paró á mirar. Estaba encantada; era feliz viendo al cocherito hacer sus prodigios de baile.

Vi que hablaba con su marido, gesticulando con viveza, como una mujer consentida y dominan-

te. Le brillaban los ojos y su primorosa blusa, con mangas de encajes, se llenaba de arrugas, de tanto como le daba á los brazos.

El marido movía la cabeza de un lado para otro, como diciendo: —La cosa no anda bien.—Hubiera querido llevarse sus sesenta duros y dejar á *Alegrias*, porque, después de todo, á él maldita la gracia que le hacía todo aquello del *danzón*. —Pero, «si tu mujer te dice que te echas por un tajo, pídele á Dios que sea bajo.»

El hombre dobó su cabeza, y, llamando al notario, volvió á requerir á mi tío para que le entregase el cochero. Entonces, mi buen tío, á quien le dolía desprenderse del mulato, «que era la *alegría* de la casa», les pidió un plazo de cinco días. Pasados estos, *Alegrias* sería entregado á Rotuney, hijo. Pero él tenía que registrar sus papeles, por si daba con la escritura. —Mi tío urdió este pequeño embuste, á ver si á la mujer de Rotuney se le iba el capricho de la cabeza, en cuyo caso *Alegrias* bailarí *su danzón* todas las tardes.

Así quedó arreglado el asunto y los Rotuney, con su notario, se fueron, al trote de su volanta de mimbr *Alegrias*, viéndolos ir, les amenazó con el puño. —¡Así no volvieran más!

Al día siguiente, mi prima Dolores, regresó de su colegio de Jóvenes Católicas, en Filadelfia.

Venía hecha una mujercita, formal y hacendosa y sus diez y ocho años resplandecían en una cara morena y pensativa, como la de una vestal pagana. Tenía una voz triste y adorable, y, cuando al anochecer, salía al jardín, con su blanco peinador de muselina y un libro en la mano, semejaba una heroína romántica de Chateaubriand.

¡Qué hermosa estaba, en la dulce penumbra de un cenador rústico, enrejado de campanillas azules! En el jardín, se hacía de noche. Los negros de la fábrica, con sus anchos sombreros, pasaban en grupos animados, á descansar en sus bohíos. Iban las criollas, vestidas de claro, llenando los cañaverales con el blando suspirar de las guajiras; y, entre los plataneros, los guacamayos de colores, chillaban con una algarabía infernal, aleteando en las ramas verdes. Arriba, los luceros del trópico, se asomaban al cielo, parpadeando en aquella divina oscuridad, como ojos de mujeres enamoradas que aguardan el supremo instante de la cita. Entre el verdinegro follaje de las cañas de azúcar, los cucuyos brillaban, como pequeños diamantes, y allá, en las lejanías del poniente, el rumoroso mar de las Antillas, cantaba el himno suave de las noches, con el tremolor de su oleaje blando. Creí ver, rasando las espumas, las quillas valientes de las carabelas de Colón.

Luego, bajando los escalones del ingenio, sentí que el corazón me golpeaba dolorosamente y se me antojó respirar el aliento oloroso de aquella virgen, triste y pensativa, que me aguardaba en el cenador. La luna, llena y plateada, volcó su luz brillante sobre la arena del jardín. Se oyó un ruido, como de matas que rozan, y *Alegrias*, andando de puntillas, como un ladrón, llegó al cenador donde mi prima estaba.

Le relumbraban los ojos, como á un gato, y su respiración, fatigosa y caliente, le hacía llevarse las manos al pecho. Yo me oclulté para espiarle, acariciando mi bejuco.

Creí que entraría en el cenador; pero no se movió de su rezechadero. Contemplaba á mi prima, con la actitud de un iluminado á quien se le aparece la Virgen.

Apenas respiraba; apenas sonreía, enseñando sus dientes, blancos como el nácar de la India.

Alegrias estaba enamorado de mi prima Dolores. Por eso no quería irse del ingenio. Por eso lloraba, cuando, al día siguiente, mi tío Narvaez le anunció que Rotuney, hijo, no había querido un arreglo.

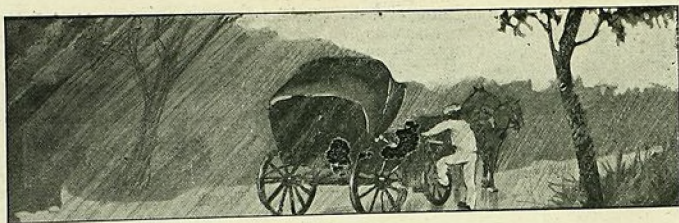
Y, meneando la cabeza, me dijo, sentenciosamente:

—*Amito*, se ha jugado la lotería. Me voy con ese mal hombre. Dejo á su *mercé* y á niña Lola, pero algún día se verá.

Y lo vi, como nunca, serio y amenazador.

Se despidió de todos y fué á presentarse á su nuevo amo. Rotuney, hijo, le hizo saber que le nombraba su cochero, confiándole el tronco de yeguas jerezanas. Se le castigaría si no las cuidaba bien ó si se descuidaba en alguna cosa. La mujer le advirtió que, todas las noches, después de la comida, tenía que bailar el *danzón* en la sala baja.





—Te señalo diez pesos cada mes,—añadió, en un arranque de su vanidad criolla. *Alegrias*, después de oírlos, se echó a los pies de Rotuney, bajando la frente hasta el suelo: después, le declaró valientemente que él no quería estar allí.

—Permitame su *mercé* que me vaya con su *mercé* Narvaez y *amita* Lola. Si no, algún día se verá lo que pasa.

Rotuney se enfureció.

—Conque ¿te atreves á decirme eso? ¿Qué es lo que va á pasar, *bergante*? ¿Irás á quemarme el cañaveral?

—No, su *mercé*. No es quemar el cañaveral.

—¿Matarme, entonces?

Alegrias calló un instante y al cabo, dijo:

—Yo no seré cochera de su *mercé*.

—Ya lo veremos,—rugió Rotuney,—*cuarterón* del demonio.

Y, llamando al capataz, hizo que le dieran una buena paliza.

Luego, dispuso que le confiaran su tronco jerezano y sus carretelas de París.

El mulato hizo como que se sometía y cumplió su cargo de cochera, que no había más que pedir. Como era maestro en el asunto, pronto obtuvo la confianza de Rotuney; las yeguas engordaban, la carretela brillaba de lustrosa y, cada noche, inventaba nuevas mudanzas extravagantes en el *danzón*, que á la mujer de Rotuney la hacían desternillar de risa.

Muchas tardes, Rotuney salía en su carretela, conducido por *Alegrias* y llegaba en sus paseos hasta el ingenio de mi tío, como para darle dentera.

Una noche le dijo: —Vaya, *Alegrias*, ¿se te fueron de la cabeza aquellas tonterías del principio? Ya ves, como no ha ocurrido nada de todo aquello y te va aquí mejor que con su *mercé* Narvaez.

Alegrias no decía nada, contentándose con sonreír.

Un domingo, Rotuney salió en su carretela acharolada, que arrastraban las yeguas de Jerez. Al llegar á una cuesta, los animales se pusieron al paso, subiéndola perezosamente. *Alegrias* se pasó del pescante á la trasera, diciendo que iba á apretar un muelle.

Comenzaba á llover. Rotuney iba muy arrebujaado en su impermeable. Entonces *Alegrias* sacó un machete de debajo del asiento, se acercó silencioso al amo, le echó atrás la capucha del impermeable y, de un machetazo, le abrió la cabeza.

Luego, paró el coche; volvió á calar la capucha sobre la cabeza del muerto y, arreando, de firme, guió hacia el ingenio de mi tío.

Estábamos toda la familia en el jardín, cuando vimos llegar á escape la carretela de Rotuney guiada por *Alegrias* que daba horribles trallazos á las pobres yeguas. Al vernos, se tiró del pescante, llegó, con la cara de muerto, á mi prima Dolores y la dijo:

—Aquí está ese hombre, yo lo he matado. ¡Pobre *amita* Lola! Ya no te verá nunca más, ¡nunca, nunca! —Y con las lágrimas saltadas, subió al pescante y tomó las riendas.

—Pero ¿dónde vas?

—Al pueblo, á entregarme á la justicia.

Se oyó un chasquido vigoroso; las yeguas arrancaron á escape y entre el cañaveral de enfrente, se perdió aquella carretela fúnebre, á la hora en que el sol de los trópicos, fatigado y soñoliento, comenzaba á parpadear de sueño, reclinándose en la almohada blanda y azul de las Antillas.

CRISTOBAL DE CASTRO

Con el presente número, 140, recibirán los señores compradores y suscriptores de IRIS el segundo cuaderno del album JOYAS DEL ARTE, pudiendo desde ahora afirmar que en nada desmerecerá del anterior, que tan brillante acogida tuvo por parte del público, hasta vernos obligados á hacer nueva tirada por haberse agotado todos los ejemplares.

Ayuntamiento de Madrid

E
Tal es
elegante
150 á 200
biertas a
contenir
novelista
con inmi
integras.
Van p
siguiente
La con
Dram
Las d
Próspero
La ju
Carlos B
Pecad
ceval.
Teres
El Ca
Las se
son.
El mo
Naid
El sil
Un cr
Noche
Un Dr
por Luis
Para
nistraci
de Tetu
E
de er
Si q
emp
En las
de Teju
mestible
a azúcar
que se h
laza ma
para el
por lo t
de aque
dos se
papel.
Para
tar aq
tiempo,
mezcla
al vapo
El pro
sa pura
lavada,
papel.

UNDA

PEPITORIA

BIBLIOTECA ROSA

Tal es el título de una nueva y elegantísima colección de tomos de 150 á 200 páginas, con preciosas cubiertas al cromo y cómodo tamaño, conteniendo las obras de los mejores novelistas de Europa, traducidas con inmejorable esmero y siempre íntegras.

Van publicadas hasta ahora las siguientes obras:

La comediante, por P. de Molénes.
Drama de amor, por F. Soulié.
Las ánimas del purgatorio, por Próspero Mérimée.

La justiciera de sí misma, por Carlos Barbará.

Pecados de la juventud, por V. Perceval.

Teresita, por Julio Ruiz Montero.

El Capitán Burle, por E. Zola.

Las sendas de Dios, por B. Björnson.

El monstruo, por Carlos Bodin.

Naida Micoulina, por E. Zola.

El sillón fatal, por Pedro Newski.

Un crimen infame, por E. Murger.

Noche trágica, por E. Daudet.

Un Drama sangriento (dos tomos), por Luis Jacolliot.

Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

..

Eres necio en no creerme,
y en resignarte á sufrir.
Si quieres matar los callos
emplea el LADIVONSIM.

PAPEL DE CAÑA DE AZÚCAR

En las refinerías de la Luisiana y de Tejas se utilizaba antes como comestibles el bagazo de la caña de azúcar después de molida; pero hoy que se hace la extracción de la melaza macerándola, como se practica para el azúcar de remolacha, y que, por lo tanto, no se pueden utilizar de aquel modo los residuos mojados, se utilizan convirtiéndolos en papel.

Para este fin, se dejan fermentar aquellos residuos durante algún tiempo, después se le adiciona una mezcla de cal y sosa y se les tuesta al vapor por presión.

El producto que resulta es celulosa pura, que, una vez prensada y lavada, constituye un magnífico papel.

Se ha empezado por hacer buen papel gris para embalar, pero ya se fabrica papel blanco fino. Este procedimiento está llamado á obtener gran desarrollo. Una sola fábrica en la Luisiana produce más de 10.000 kilos de papel.

EPIGRAMAS

El filántropo Juan Cerro
no se acostaba ningún día
sin dar de limosna un perro
y hacer una picardía.

..

Cuando te quise enseñar
te hallé tan bien enseñada,
que apenas me quedó tiempo
de enseñarte las espaldas.

..

A Cosme buscan el bulto
diciendo que tiene un hijo,
y lo tiene muy oculto
la doncella de su tío.

..

El sargento Malparrida
es un solemne animal.
—¿Porque es jugador?—No tal:
porque no gana en su vida.

..

Madró Pérez levantando
un edificio soberbio,
después levantó columnas,
y anoche levantó un muerto.

..

Gana Inés dos pesetas
como corista,
y da cuatro á su madre
¡Que buena chica!

NEMO

TARJETA NUMÉRICA

3263185 6598445
Nombre Apellido

1791395
Oficio

123456 78936
Población

LUIS TERAN

DE MIS CANTARES

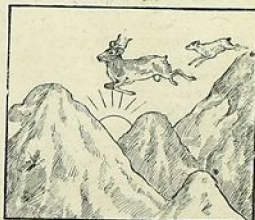
Ya ves si yo te querré
y por ti, estaré chiflado,
que dormido siempre quedo
con tu nombre entre mis labios

Nacen al calor del Sol
todas las flores y plantas,
más al calor de tus besos
nace el amor en mi alma.

Esta mañana observé,
que una linda mariposa,
posó su vuelo en tus labios
creyendo que eran dos rosas.

No tengo más alegría
ni nunca estoy más contento,
que cuando en tu boca de angel,
estampo mis puros besos.

REFRAN EN ACCION



Las soluciones en el próximo número

SOLUCION

a los pasatiempos del número anterior

Sentencia doctrinal.—

El sabio es en su patria como el oro oculto en la mina.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

S. L. del M.—Madrid.—La salida esa está muy gastada. En cuanto a la verificación es fácil y correcta.

E. E.—Barcelona.—He recibido con mucho gusto su composición, que publicaré después del artículo.

F. de U.—Madrid.—Perfectamente.
S. M. R.—Barcelona.—Idem.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLOGRÁFICO EDITORIAL "LA IBÉRICA", PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

